

HONOR A COLOMBIA

NUNCIATURA APOSTOLICA

El señor Ministro de Relaciones Exteriores ha recibido la siguiente importantísima comunicación telegráfica de Su Eminencia el Cardenal Secretario de Estado del Sumo Pontífice Benedicto XV:

«Roma, julio 20 de 1917

Señor Ministro de Relaciones Exteriores--Bogotá.

Tengo el honor de comunicar a V. E. que el Santo Padre, queriendo dar un testimonio de alta consideración y aprecio a la República de Colombia ha tenido a bien elevar la Internunciatura Apostólica en Bogotá a la categoría de Nunciatura.

GASPARRI

Secretario de Estado.»

Esta elevación es la honra mayor que la Santa Sede podía otorgar a la nación colombiana. El carácter de nuncio, en un representante pontificio, equivale al de embajador. Tendrá Colombia desde hoy un enviado papal con igual título que el de los diplomáticos acreditados ante las potencias católicas europeas: Austria, Baviera, Bélgica y España. La determinación del Padre Santo no obedece a necesidades o conveniencias internacionales, ni a desatar dificultades de protocolo; es una muestra de benevolencia del Vicario de Cristo, un merecido premio a nuestra Patria por su adhesión a la Cátedra de San Pedro y su acatamiento oficial a los derechos de la Iglesia; una voz de aplauso a nuestro católico Gobierno; un honor para los obispos, sacerdotes y fieles, hijos de Quesada y Belalcázar, de Nariño y Bolívar.

La galantería es flor de la caridad y signo de las gentes de alta aljurnia. Benedicto XV, lugarteniente de Dios, que es amor; el Papa, el primero de los príncipes de la tierra, ha extremado su gentileza con Colombia, enviándole la noticia del honor que le concede, el 20 de julio, fecha clásica de la República.

Particularmente grato, es para nosotros que haya correspondido el título de primer Nuncio Apostólico en Colombia a Monseñor Enrique Gasparri, varón de méritos sobresalientes y amigo de nuestra patria colombiana.

R. M. C.

ANECDOTAS RUSAS

El duque de L..., muy aficionado a viajar y que presumía de grande ingenio, no podía pronunciar los apellidos sin estropearlos. Dos señoras conocidas suyas lo hallaron en la Fuente de Valclusa. La una era mucho más linda que erudita.

—Yo me llamo Laura, dijo la viajera con fina sonrisa.

—Ah! le respondió el duque galantemente, yo quisiera ser vuestro *Patraca*.

—Imperdonable! dijo la linda rusa al oído de su compañera: ¡ni siquiera acierta a pronunciar el nombre de Plutarco!

Este mismo duque volvía de Milán a París, y un noble italiano le rogó se encargase de una carta para un señor Alfonso C....

—Tenga usted cuidado de no entregársela a su hermano Adolfo, porque eso podría tener consecuencias desagradables.